

El naufragio de la sociedad argentina

por Hernán E. Neyra ¹



La exclusión

La moneda representa las relaciones sociales. La decadencia de la moneda nacional no puede explicarse sino a través de la decadencia de nuestra sociedad. Porque ¿qué derecho da la moneda sino a pertenecer a la sociedad? Uno establece vínculos a partir de ella. Podrá comprar todos los bienes que se le ofrecen, es decir, estará dentro de las relaciones sociales, siempre que tenga moneda.

A mediados de los años noventa se hablaba de un modelo de exclusión. ¿De exclusión de quién, de dónde? Nuestra sociedad no excluyó a parte de sus miembros por raza, religión o nivel educativo. Simplemente excluyó. Decidimos excluir a todos los que fueran innecesarios - el a quién -. Y los excluimos de nuestra sociedad, no permitiéndoles acceder a lo que nosotros aún accedemos: al diario, a la ropa, a la vivienda, a la alimentación, a la justicia, a la seguridad y a la protección. A los viajes, al lujo, al teatro, a la literatura, y a cualquiera de los bienes que podríamos llamar más elevados de la cultura. Los excluimos de todo - el de dónde -.

¿Cómo los excluimos? Sólo sabiendo **cómo** fueron excluidos se entiende por qué **nosotros** los excluimos. Nosotros aún pertenecemos porque tenemos dinero en nuestros bolsillos: moneda. Los desempleados han sido excluidos no sólo del mundo del trabajo, sino de la sociedad, simplemente porque no tienen forma de pertenecer a ella. Más allá de lo elemental para la supervivencia, nosotros accedemos a bienes que hablan de nosotros: cómo nos vestimos, dónde comemos, qué películas vemos, qué diarios leemos, incluso qué palabras nuevas usamos en nuestro vocabulario denotan a qué grupo pertenecemos. El acceso al vocabulario no es gratuito. A él se accede por la literatura y las artes. Si puedo citar a Degas es porque tuve acceso a **ciertos** bienes culturales. El hecho de que pueda nombrar a Degas dice de mí que no tuve que preocuparme por sobrevivir, sino que pude dedicarme a cuestiones culturales en mis ratos libres.

Al haber aceptado como inevitables los ajustes de los años noventa, aceptamos que muchos quedarían afuera. El afuera, en ese entonces, era lo que no era visto por los de adentro. Para salvarnos, sacrificamos al resto. Hay un cuadro de Géricault que nos muestra en nuestra realidad. Este cuadro, que se considera el inicio de la pintura romántica, muestra una balsa en donde están los sobrevivientes del Medusa, un barco que acababa de hundirse. En ella están los que lograron sobrevivir hasta ese momento. Al ver la obra sabemos que no todos los que están en ella son los que lograron subir. Sabemos que los que están en ella no son los que sobrevivirán. Algunos seguirán quedando en el camino.

¹ Lic. en Economía (UBA) - Master en Política Económica (IDES).

En ese punto estamos: sobre la balsa, y con el barco que viene a nuestro rescate recién asomando en el horizonte. ¿Cuántos de nosotros llegarán?

La moneda no hace más que reflejar las tensiones sociales. La inflación argentina, que parecía acallada tras largos años, vuelve a reaparecer. ¿No se trataba entonces de un fenómeno puramente monetario? ¿No nos habían dicho que si el Banco Central no emitía moneda no habría inflación? ¿Qué fue de los sanos consejos de los ilustres economistas criollos que nos venían diciendo desde 1960 que la culpa era de la emisión espuria de dinero? Hoy hay mucha menos moneda emitida que 3 años atrás y sin embargo los precios suben.

Pero nuestro comportamiento caníbal se muestra en cualquier orden. Los precios suben porque nosotros hacemos que suban. El comerciante, si pudiera, aumentaría los precios tanto como subió el dólar. Si todavía no lo hizo, es porque sus ventas siguen cayendo porque no hay plata en la calle. Si las petroleras pudieran subir sus precios más que el precio internacional lo harían, como de hecho lo están haciendo. Si los empleados pudieran manejar sus salarios, los subirían mucho más que el nivel de suba de precios. Si alguien puede comprar dólares, lo hará a cualquier precio. Literalmente, a cualquier precio.

La estampida del dólar LIBRE, es nuestra responsabilidad. ¿Quién llevó el dólar a cuatro pesos? Nosotros, los argentinos: como compradores minoristas, humillándonos para conseguirlos a como diera lugar; como gerentes de bancos, decidiendo acumularlos; como exportadores, evitando venderlos.

Cuando asumimos un rol, somos incapaces de suponer que al otro, a otro argentino, puedo estar dañándolo. Nuestra sociedad muestra comportamientos tan individualistas que sorprenden. Simplemente porque no nos importa el otro, o es un obstáculo. Cada vez que comprábamos una lata de atún de Indonesia sabíamos que había un argentino más que perdía su trabajo. Cada vez que un argentino gastó sus dólares en Cancún, había otro que estaba cerrando un comercio o una industria aquí. ¿No lo sabíamos? Realmente, ¿no lo sabíamos? Era el afuera, era el otro.

La tasa de interés

¿Por qué cerraron tantas empresas en los noventa? Una de las razones es que las tasas de interés eran tan altas que eran prohibitivas. Así, no había acceso al crédito, base fundamental de cualquier sistema monetario, y, desde ya, la base del capitalismo. Sin crédito, no puede haber capital. Para que haya tasas de interés bajas, el dinero debe ser abundante: nada que sobra puede tener un precio alto. Sin embargo nos dijeron que emitir dinero era malo. Pero, ¿para quién?

Si bien es cierto que no puede emitirse dinero porque sí en la cantidad que se quiera porque perdería todo su valor, también es cierto que cuando es muy escaso el precio sube (la tasa de interés). Si hay pocas mandarinas, subirán de precio y mucha gente decidirá comprar otras frutas. No es grave que las mandarinas estén caras. Pero, ¿qué pasa cuando lo que sube de precio es el dinero? No hay con qué remplazarlo, por lo que quien necesita dinero está condenado a pagar el precio que le pidan. ¿Cómo haría entonces un pequeño empresario para crecer? Simplemente no tenía forma de hacerlo, por el freno de la tasa de interés. De hecho, REPSOL e YPF eran, en el mundo, empresas de tamaños similares. La que tuvo una menor tasa de interés para financiar la compra, compró a su par. Si hubiéramos tenido una tasa de interés similar a la española, YPF hubiera comprado a REPSOL.

¿Por qué no tenemos una tasa de interés como la española o la italiana? Nos han dicho que el Estado es el culpable de todos nuestros males por su déficit y su constante endeudamiento. Sin embargo, Italia llegó a endeudarse en más del 100% de su PBI. Nosotros todavía andamos por el 60%, ¿entonces? Los gobiernos de Estados Unidos llegaron a gastar una Argentina completa más de lo que recaudaban por año durante mucho tiempo. ¿Por qué ellos pueden y nosotros no?

Para resolver el déficit, Estados Unidos no bajó su gasto, subió sus impuestos, **que los americanos pagaron**. En nuestro país la evasión es de \$25.000 millones mientras se recaudan \$40.000 millones. Bajar el gasto es la solución para que no paguen los que deben pagar. Y deben pagar porque es su aporte para que todos tengamos una moneda. Lo que parece una avivada, termina siendo suicida. Cada vez que alguien evade impuestos hay menos seguridad, educación, salud, justicia, subsidios y peores condiciones ambientales, jubilaciones, etc. para nosotros, los otros.

La solvencia fiscal

Para solventar el gasto, hay sólo cuatro alternativas: 1) emitir dinero; 2) aumentar el endeudamiento; 3) aumentar la recaudación; 4) bajar el gasto. Hasta 1991, la emisión de dinero fue la forma en que la sociedad resolvió el problema de cómo financiar al Estado, mientras bajar el gasto era rechazado de plano. No fue un tema de política económica a discutir porque el resultado era evidente (menor actividad, caída en el consumo y en las ventas y ganancias privadas, en un círculo de recesión y depresión económicas). Desde 1991 la emisión se prohibió por ley, salvo contra el ingreso de divisas y como consecuencia hubo que aumentar el endeudamiento y bajar el gasto para evitar la crisis de producción que hoy tenemos. Con la desaparición del crédito externo al Estado, sólo queda la recesión. Sin embargo, hasta hoy, lo que no se llevó adelante fue aumentar la recaudación sin crear nuevos impuestos.

La estructura tributaria cambió a principios de los noventa, a partir de más y nuevos impuestos. Pero los hechos demostraron que el creciente déficit previsional y la evidencia de que el crédito no podía ser infinito, hacían peligrar el sistema monetario. ¿Podría sostenerse el peso fuera de la convertibilidad? La respuesta es que es difícil. Porque la sociedad argentina no tiene resuelta la forma en que financiará los bienes que quiere, como seguridad, educación, salud, control de los servicios públicos, etc. El tolerar la evasión y la elusión de impuestos genera la inestabilidad de la moneda y evidencia que nuestra sociedad no es capaz de resolver sobre qué bases asentar su sistema económico.

La Argentina perdió varias monedas en sólo 25 años: perdió la moneda nacional, el peso Ley 18.188, el peso argentino y el austral, hasta llegar al peso convertible. Las distintas monedas fueron desapareciendo porque perdían valor y la sociedad las rechazaba, fruto de la creciente emisión que llevó a tres procesos hiperinflacionarios. De esta manera, nuestras monedas mostraron nuestras relaciones sociales. La salud de la moneda muestra la fortaleza de una sociedad. Así, **el déficit público no es un problema, si la sociedad está dispuesta a financiarlo cuando deba hacerlo**. La Argentina hoy tiene un déficit del 2% de su PBI, pero nadie apuesta a que pueda solventarlo. Evidentemente, lo que está en discusión es si la Argentina es capaz de crear las condiciones que el capitalismo necesita para desarrollarse, o si continuará con un sistema prebendario y corrupto, reflejado en una moneda subdesarrollada, que necesita de un dólar de respaldo para poder subsistir.

Géricault, el retratista de los argentinos

Volviendo al cuadro de Géricault, sabemos que no todos los que están en la balsa son los que lograron subir a ella. Sabemos que no todos los que están en ella serán rescatados. Sabemos que los que lleguen a salvarse habrán impuesto su poder a los demás.

La historia nos cuenta que los sobrevivientes del hundimiento del Medusa jamás quisieron contar lo que sucedió. A nosotros nos pasó lo mismo. El olvido funciona como un bálsamo: preferimos olvidar, a pesar de que ello nos lleve a nuevos fracasos. ¿Es posible suponer que los sobrevivientes del Medusa no tuvieron secuelas? Frente a ello, nuestros naufragios fueron muchos. ¿Es posible que hayamos sobrevivido a persecuciones, a exterminios, a una guerra, a la destrucción del Estado, al avasallamiento de los poderes de la República, a diputruchos, a la ficción de vivir como si nuestra moneda fuera el dólar, a la degradación de la salud y la educación, a la tenaz destrucción del aparato productivo, a dos fiestas de "deme dos", a la falta de renovación de la dirigencia empresarial, sindical y política, a la transculturación, a la globalización, a la especulación financiera, a la fuga de cerebros, a la marginación y al individualismo, **a todo**, absolutamente a todo, **sin pagar ningún costo**?

La emisión de dinero en los años ochenta vs. hiperinflación

Durante muchos años el Estado fue recibiendo cada vez más funciones sin nuevos recursos. Fue la forma en que la sociedad resolvió el problema de sus conflictos de poder. Los empresarios demandaron subsidios, pero también las asociaciones civiles, los sindicatos, las obras sociales, los partidos políticos, los desamparados, los endeudados, los desempleados... y a todos se les dio. Recibimos impuestos bajos, tarifas de servicios públicos subsidiadas, petróleo barato. Había que recomponer el salario real, aplastado durante años de una política de concentración del ingreso. El Estado terminó recibiendo todas las demandas, incapaz de imponer condiciones. Con una estructura vaciada, donde el acceso a la función pública no se da por mérito, donde los mejores son desalentados, donde los cargos vitales son cubiertos por los interesados del sector privado, es inimaginable que pudiera arbitrar.

¿Cómo podía financiar estas funciones? Emitiendo. ¿Alguien, alguna vez, escuchó a algún empresario indignarse por los subsidios que él mismo recibía, alguien pidió que le aumentaran la tarifa de luz en ese tiempo, o de gas o de agua? ¿Por qué se insistía en bajar el gasto mientras todos recibían subsidios? ¿Por qué se insistió en el enorme peso de los impuestos sobre la actividad productiva? La forma más eficaz de hacer del Estado - el árbitro en una sociedad civilizada - un mero títere, era desfinanciándolo. Y el objetivo se logró. Todos gozaron de los privilegios y nadie asumió sus obligaciones. Era como una sociedad infantil, exigiendo cada vez mayores privilegios sin asumir obligaciones.

La única fuente de ingresos estatal durante los años ochenta fue la emisión, porque el Estado estaba, virtualmente, quebrado. ¿Cómo solventar el déficit sin más impuestos? ¿Cómo pagar los intereses de la deuda, asumida por el Proceso para armarse para una guerra, sin tener inspectores impositivos en cantidad y calidad suficientes? ¿Cómo atender las necesidades sociales postergadas durante siete años sin recursos? El Estado que tenemos, es fruto de nuestras acciones pasadas.

Sin embargo, la hiperinflación poco tuvo que ver con la emisión. Las luchas por ver quién torcía el brazo a sus enemigos se reflejó en el campo monetario. La política monetaria acompañó las decisiones sociales. En una guerra entre sectores que pugnaban por tener una riqueza mayor sin que la riqueza aumentara, perdimos todos. Siempre había que aumentar los precios más que el otro. La mayor cantidad de dinero fue consecuencia y no causa de la inflación. En una sociedad desarticulada, la moneda refleja ese mismo quiebre. Empleados contra empleadores, contratistas contra el Estado, financistas contra deudores, fabricantes contra contrabandistas, exportadores contra el Estado, etc. Y cada uno armando su colchón de precios para evitar perder en la carrera por tener más sin esfuerzo. Fue una lucha de poder.

Si el problema de la hiperinflación hubiera sido tan simple como dejar de emitir, ¿alguien cree que los distintos ministros no lo hubieran hecho? ¿Alguien piensa que Grinspun, Sourrouille, Pugliese, Rodríguez, Roig, Rapanelli y González eran tan

necios como para perder sus puestos por seguir emitiendo por placer? ¿Por qué hubo inflación con ministros como Martínez de Hoz, Sigaut, Dagnino Pastore, Alemann y Wehbe? ¿No sabían ellos que era tan simple como terminar con la maquinita? Los discursos facilistas, evidentemente, esconden verdades inconfesables.

La cuestión se resolvió recién en los noventa. Porque hubo una definición de ganadores y perdedores. La combinación elegida para dirimir las disputas fue de apertura de la economía, dólar fijo, inflación inicial y libre entrada y salida de capitales. La hiperinflación se terminó al proclamarse los vencedores: empresas privatizadas, importadores, la banca, las AFJP, tarjetas de crédito, grandes grupos económicos locales y extranjeros. Del otro lado, los vencidos: empleados, pymes, pequeños exportadores, economías regionales, consumidores de servicios públicos, productores de insumos industriales, empresas de alta tecnología con desarrollos incipientes. Perdieron. Y como ya no podían manejar precios, debían, con costos manejados por los ganadores, competir con el mundo. Y fueron absorbidos por otros más grandes o cerraron y se perdieron sus empleos y la creación de riqueza derivada de esas actividades.

La situación actual: precios y estructura productiva

Hoy asistimos a la reestructuración de los precios. La fantasía de la convertibilidad nos dejó una estructura de precios insostenible. Porque los ganadores manejaron sus precios, mientras el resto no pudo hacerlo. En estos primeros meses no hemos visto inflación: hemos visto reacomodamiento de precios. En los próximos meses, sin un Estado fuerte, sí veremos inflación. Porque las tendencias a ganar todo lo que se perdió en 11 años están tan vivas como entonces. El problema está en que, nuevamente, no hay ganadores ni perdedores. No hay proyecto, por lo que nadie puede saber si ganará o perderá. Por lo tanto, una vez más, todos son enemigos, y la forma de reaccionar es aumentando los propios precios más que el resto.

No es gratuito el haber destruido el tejido industrial. Hasta los años ochenta uno podía esperar que, ante una devaluación, se sustituyeran importaciones por producción nacional o que, en medio del ajuste, se exportara la producción excedente. Hoy, el mismo proceso, puede llevar años. Con el agravante de que no hay crédito para reabrir una fábrica. Y ni qué decir para modernizar una planta que ha estado cerrada durante años.

Nuevamente, la sociedad infantil, a pesar de los sucesivos naufragios, supone que todo lo puede solucionar con alguna medida creativa. Si no se puede emitir moneda, juguemos a emitir patacones, lecop, cecor y otros con nombres tan infantiles como su mismo propósito. ¿Tanto tiempo llevó darse cuenta de que es imposible seguir bajando el gasto? ¿Tanto tiempo más llevará darse cuenta de que la emisión no provoca inflación sino que somos nosotros? El mercado es un mecanismo de distribución de bienes, pero los precios llegan al mercado puestos por los oferentes. ¿Quién garantiza que los precios que ponen son racionales? ¿Qué garantiza que sean mercados competitivos? En nuestro país, todos sabemos quiénes son los formadores de precios. Y lo son porque no hay competencia. Tienen poder: de mercado y político. Hay, entonces, luchas de poder.

Las cuestiones pendientes

¿Qué poder puede oponerse a los diversos pequeños poderes económicos? La gran reforma pendiente no es el achicamiento del Estado, ni aglomerar provincias en regiones, ni romper relaciones con el FMI. La gran tarea es saber qué produciremos,

cómo y para quién. Son las preguntas más básicas a las que debe contestar la economía. Para saber quiénes ganarán y quiénes perderán debemos saber qué es lo que queremos hacer en el mundo.

Desde 1976 la Argentina no tiene un proyecto de país, o modelo de desarrollo. Hemos estado sumidos en la coyuntura que no lleva a ningún lugar. El preocuparse por lo urgente hace perder de vista que cada medida individual debe llevar hacia algún lugar en el horizonte de largo plazo.

Sin rumbo, guiados por el sistema financiero que vivió de los créditos al Estado a tasas que en ningún otro lugar podrían cobrar, terminamos en la peor crisis económica, social y política de nuestra historia.

Fuimos, alternativamente, el granero del mundo, un país en vías de ser industrial, un paraíso para la especulación financiera. ¿Qué seremos en el futuro? ¿Qué proyecto nos englobará **a todos**?

La opción por el agro no puede ya sostener a 38 millones de personas. La especulación financiera, vemos, no alcanza ni para sostener a 1 millón. ¿Cuál será la opción que elijamos para nosotros, para los otros y para la próxima generación de argentinos?

Se trata, simplemente, de tener una dirección y encolumnarnos para avanzar. Y el encolumnarnos implica crear poder. Nuestra sociedad reconoció que tenía poder para detener la marcha hacia el abismo. Lo que falta es que reconozca que tiene poder para definir rumbos. Y que quiera hacerlo.

Buenos Aires, abril de 2002